

AÑO TRAS AÑO

No recuerdo todo muy bien, y para hablar de esto debo hacer el esfuerzo de vencer yo mismo mi propia sospecha de mentir. Saber hasta qué punto digo la verdad, qué riesgos puedo correr al convertir esta pequeña historia en engaño y cuáles otros al intentar huir de ese engaño, son cosas que no puedo determinar. Lo único posible es hablar en voz alta con la certeza de no modificar nada. Ni siquiera de encontrar alivio a mi duda. Durante años he dependido de ella y me ha hecho perder la paz de la cronología; fuera de sus límites, el tiempo se convirtió en un acto continuo, siempre exactamente igual. Yo no puedo decir de qué año a qué año y cuántas veces he recorrido el pasillo de la casa de mi abuela, ni cuándo comenzó esta pesadilla de estar entrando por él; menos aún cuándo terminará.

La mentira de mis palabras sería que ellas pretendieran hablar de mi abuela; apenas intentaré hablar de su casa, de su pasillo, de su sombra y, claro está, de mí. Del hombre que yo veo, que no puedo dejar de ver, de lo único que sé de él, y ya no me importa si falso o verdadero.

¡Oh Dios! Si todo fuera sencillamente proporcionado a mis fuerzas, podría como todos, como yo me imagino desde la cama, desde mi oficina, desde la mesa del restaurante, detestándolos y admirándolos, que todos pueden. A lo sumo, que todos, mal que bien, pueden. Pero yo hablo y siento que cualquiera tiene derecho a decirme: usted miente; mientras yo apenas lo sospecho. Entonces, ¿qué afirmar de ella sin arriesgarme a ser un impostor? Para ellos sus abuelas son un pedazo de familia, y aunque a nuestras edades suelen estar muertas y ellos tampoco han de llevarles flores, saben que descansan en paz. Se les nota en la cara que lo saben; yo se los noto. Por eso pueden. Un buen día Lisandro, mi cuñado, volverá del estudio y comentará como si nada «están demoliendo la casa de abuela». De abuela, dice él. A Mirta, su mujer, mi hermana, le parece normal gritar desde la cocina «tráeme las tijeras que están en la caja de abuelita». Dan testimonio de ella, de su vida y de su muerte con una natural simultaneidad que a mí me confunde, con una inocente falta de cronología que a mí me aterra. Pero ¿quién da testimonio de mi esfuerzo, de mi cuerpo, entrando año tras año por el pasillo hasta llegar a la casa de la abuela, convertida por mi cansancio

en una piedra inmóvil, piramidal, que yo debo sostener porque es mi historia, y soportar al hombre que la construye, porque soy yo, andando, moviéndome, tocando con la punta de los dedos los ángulos de la piedra para descubrir una grieta donde hundirme y resbalar inerte hasta el final, allá donde la abuela debe estar esperándome para jugar con el hombre y la piedra a calzar uno dentro de otra, livianos entre ambos, pequeños como una caja de fósforos, útiles como una caja de fósforos y metérmelos en un bolsillo sin vergüenza?

Entro con mi camisa de solterón, con mi traje oliendo a papelera, con mi sombrero respetuoso, con mis guantes de piel de chanco, porque no voy a tocarla. Entro como un novio que conoce el rechazo como castigo, para probarle más fidelidad que nadie, aunque yo sea quien menos derecho tiene a su memoria. Yo que no la velo, que la desentierro cada noche sin importarme de su alma, que no recuerdo su fruta preferida, ni las venas de sus manos azules. Entro por el pasillo de su casa a la hora de la siesta, cuando aún persiste el gusto del aceite y el ajo, porque quiero verle la cara y sorprenderle un mínimo gesto de nostalgia agriándole el carácter justo hasta los ochenta y cuatro años, sin tregua. Pero no, mi abuela vino, sonrió con resignación y tuvo tantos hijos como quiso; y de sus hijos vengo yo, sin ocultarme nada, como si me hubiese parido sin intermediarios, como si fuera a seguir pariendo las sombras que intento disimular, torpemente, bajo su sonrisa que ahora es un alarde a su derecho a quedarse al final del pasillo, quieta y consciente del tiempo de quietud, haciéndome ir sonámbulo hacia ella.

Cuándo comencé a quererla fuera del sosegante ámbito familiar, no lo sé. Mi abuela tampoco es mi infancia, esa zona donde proyectamos la ternura a falta de pequeñas ternuras futuras. No es el bolsillo mágico donde la pelusa y los dulces nos redimen del crecimiento; su baúl no se salvó de ningún naufragio en una travesía aventurera, no es un cofre. Yo supe siempre qué guardaba: sólo pedazos de algo sin gloria y sin esa medida de fracaso necesaria para intuir una gran ambición. Ella es la mujer insignificante que cualquiera puede dementirme al no reparar que yo pienso su ausencia cotidiana, de la que cualquiera me cuenta, con tono de alquimista, que su cuerpo fue achicándose en pocos meses. Como una pasita, decían, y lograban asquearme con ese modo de hablar de la abuela. Gorrioncito. Tan quietita. Tan de perfil en su pirámide. Pequeña pasa con las piernas abiertas, largándonos uno detrás de otro, sin hombre, sin sangre. En seco. Pariéndome hacia ella y no hacia el mundo de la familia que la guarda en paz, en legítimo triunfo sobre mí, como si yo la hubiese abandonado en la muerte por culpa de estar entrando en el pasillo

para llegar a su casa y encontrarme con la abuela. En el patio, al sol, frente a frente las sillas de paja y no sentir las moscas andando por la piel que ya no se irrita. Por culpa de hurgar para enterarme de qué diablos se resigna su sonrisa; esa calma, decían ellos, casi santa. Esa impunidad para esbozar un secreto que me ha hecho esperar durante años algo más, algo reservado exclusivamente para mí, algo que no me dio cuando era niño, ni después, cuando ya no nos dejaban a solas por miedo a esa complicidad con la muerte que a veces tenía su mirada, y había que hacerle compañía, también, a la idea de que había empezado a morir.

Es como si esperara un mueble con llave en una casa que ya no existe porque nunca intenté abrir, o como hacer equilibrio de pie en un triciclo que ya no existe porque nunca tuve coraje. Es como si esperara dudar de su muerte. Si su muerte sólo fuera un fantasma, correría despavorido hacia la calle, abrazaría a Lisandro, lloraría en las rodillas de mi hermana o inventaría una historia limpiamente falsa, como un cuento para mis sobrinos.

Pero la abuela está tangiblemente muerta, de pie entre las moscas me mira girar entre mis dedos el sombrero. Ella está quieta y no me asusta, no es una aparición: tiene piedad para mí pesadilla. Está para que yo vaya a su encuentro, para que avance por el pasillo hasta oírla decir que no, que no voy a terminar retrocediendo, empujando el vacío con mi espalda, como una rata, año tras año.

CRISTINA GRISOLIA

Liechtensteinstrasse 81/11/3.
1090 Wien (AUSTRIA).

